Año II.—Valdepeñas.—Núm. 46. Jueves 14 de Junio de 1906

SUSCRIPCIONES

	Ptas.
Valdepeñas, trimestre.	1,00
Provincias, semestre	2,50

ANUNCIOS: precios convencionales

20 ejemplares 75 cénts.

La correspondencia administrativa debe dirigirse al Administrador de *Juventud*, Virgen, 39.

No se devuelven originales.

JUVENTUD

Periódico Literario y de intereses generales — Fundado por Manuel Luna y Alfonso Madrid

SE PUBLICA LOS JUEVES

Apuntes para la Historia de Valdepeñas

(*Continuación*)

Aparece por vez primera el nombre de Valdepeñas en la Historia, en la segunda década de comienzos del siglo XIII; siendo, por consecuencia, evidente que Valdepeñas es un pueblo muy moderno. Estudiando el orígen etimológico de Valdepeñas, vemos que es un nombre compuesto de dos sustantivos latinos: *Vallis, is* el valle y *Rupium i* la peña, que quiere decir «Valle de peñas. Próximos á este valle, la tradición afirma y èsta es la opinión seguida y corriente, en los muy pocos que se han dedicado á investigar é inquerir el origen de este pueblo, que, á corta distancia de èl y en sitios distintos, existían unas pequeñas aldeas, entre éstas las más notables las llamadas de Corral-Rubio y Castil-Nuevo, cuyos moradores resolvieron, después de alguna lucha según la opinión seguida, de agruparse y constituir un solo pueblo, con el único fin de poder defender mejor sus personas y sus intereses.

Sin que nadie, que yo sepa, haya consultado hasta ahora los archivos de la casa del Marquès de Santa-Cruz señor de este pueblo, y el de los Calatravos, en los que es muy probable se encuentran datos de los que hoy carecemos, de los hechos anteriormente indicados, se reduce, como ello más racional y probable, que á últimos del siglo XII y acaso antes existían ya unas pequeñas aldeas de labriegos dedicados al cultivo y laboreo de la tierra, aisladas entre sí, y que ante las correrías é invasiones de los árabes, de un lado, y, de otro, las fechorías y exacciones de las cuadrillas de criminales que indudablemente merodeaban por este escabroso sitio, abandonaron sus primitivas viviendas y, en interés de todos, acamparon en el Valle, faja de terreno la más rica de este suelo, regado por un modesto arroyo—la Veguilla—que lo cruza de Este á Oeste, y de este modo, en mi opinión, el valle fertil, abundante y fecundo, aunque rodeado de peñas por todas partes, fué al poco tiempo y por contracción de lenguaje el pueblo de Valdepeñas.

Nada pues de cómo empezó Valdepeñas sabemos y nada de su origen como cierto y como probado. Y la misma duda y obscuridad existe en todo cuanto á él se refiere y relaciona.

No existen aquí cuevas ni cavernas, con señales ò recuerdos de haber sido habitadas por el hombre en tiempos remotos ni modernos. Sólo como leyenda, sin que se haya encontrado vestigio ni huella alguna que lo compruebe, hay la de que en cerro de «Las Cabezas», al Mediodía de Valdepeñas y cerca de la aldea ya indicada de «Corral-Rubio» los árabes, durante su dominio, hicieron una gran cueva que, horadando todo este cerro, iban con sus caballos por este subterráneo á dar agua al Jabalòn, en cu, o río desemboscaba aquél. Otra noticia sin que pueda responder de su veracidad, es la de que en la casa de campo llamada de Castellanos, al Oeste de Valdepeñas, haciendo excavaciones, se encontraron algunos objetos y útiles de la Edad Prehistòrica del hombre, entre ellos una hacha de piedra que me dicen guarda y conserva el dueño de la casa, don Eusebio Vasco.

También en el sitio llamado del Peral, el jardín ameno de la Mancha, segùn lo califica Madoz en su diccionario, haciendo excavaciones, se encontró un mortero que según mis noticias tiene D. Lorenzo Morlo, útil que, indudablemente, debió servir á los árabes para moler ó machacar el alcuzcuz. Este sitio, que comprende una faja de terreno estrecho pero muy fertil, indudablemente fué elegido por los árabes, sabios e inteligentísimos agricultores, para la siembra de cereales y leguminosas, poblándolo de árboles frutales y haciendo de él el sitio, sobre todo en el verano, más ameno, fresco y delicioso de este pueblo. Se encuentra entre el Noreste de Valdepeñas á una legua del mismo y lo riega un arroyo que tiene su nacimieuto en el ojo de Santamaría. En este sitio existen los baños llamados del «Peral» ¡de agua ferruginosa! muy estimables y muy concurridos durante el verano.

Hay otro sitio, también muy querido para los valdepeñeros y al que rinden una veneración y culto respetuosos; tal es la ermita de nuestra Señora de la Consolación, á dos leguas de este pueblo, en el sitio llamado de Aberturas, á la derecha de la carretera de Madrid á Cádiz, construído por Carlos III, ermita que hoy no describo por estar en ruinas, ni la aparición de la Virgen y menos la lucha entre los pueblos del Moral, Membrilla, Manzanares y Valdepeñas por cual de ellos había de tenerla como patrona, por considerarla una fábula.

No hay aquí hallazgos de enterramientos en lo alto de las colinas, ni cráneos, ni estaciones prehistóricas; tampoco ruinas de poblaciones, castillos, templos. ni puentes, ni vias romanas, moneda antigua, piedras millarias, ni inscripciones en lápidas, ni columnas de piedra. La razón no es otra, y esta confirma la afirmación al principio de estos apuntss hechos, sino la de que Valdepeñas es un pueblo de origen moderno.

Amores soñados

I

Mi corazón se cansaba
y creí que no vendrías.
Mi corazón te esperaba
y la barca de mis días
en la ribera soñaba.

Llega, divina barquera,
para ser consuelo m'o;
mi corazón está frio...
la pobre barca te espera
en la ribera del rio!

Llega, mujer, mi consuelo!
El cielo está azul, un cielo
diáfano de primavera.
Llega, divino consuelo,
al corazón que te espera.

Mujer-niña, novia mía...
muèstrame tus dulces ojos
de inocencia y alegría;
muéstrame tus dulces ojos
llenos de la luz del día.

Deja, novia alegre y buena,
que bese tu mano llena
de luna, de luz de luna.
Dame, novia alegre y buena,
de todas tus gracias, una.

Rie... yo adoro tu risa:
corre, si quieres correr,
niña, mujer indecisa;
corre en este amanecer
que es todo luz, campo y brisa.

Corre, juega; yo no quiero
entristecer tu alegría
con mi vivir lastimero.
Corre, juega... yo no quiero
que se apague tu alegría.

Y tú que sientes amores
alegres como tu vida,
enséñame tus amores:
enséñame á amar mi vida,
maestra de mis dolores!

Cura mis melancolías
de soledad, novia buena,
y dame tus alegrías...
que la barca de mis días
está sin vela en la arena!

Has tú, divina barquera,
que salte la barca al rio,
y que se aleje ligera
sobre las aguas del rio
cantando á la primavera!

II

Estábamos en el huerto
bajo la luna encantada:
la noche era blanca, noche
de Mayo llena de alma.

Resbalaban—los dos juntos—
esas dulces horas largas
en que se miran los ojos,
y se sonríe, y se calla...
en que los labios suspiran
cuando las manos se enlazan,..
en que no sale á los labios,
porque se ha dormido, el alma.

Mi dicha era inmensa, pero
¡ay! mi corazón lloraba.
¿Por qué es tan dulce y tan triste
esta mujer que nos ama?

¿Por qué el amor entristece
y la bondad tiene lágrimas?
¿Por qué el amor infinito
tiene siempre una nostalgia?

El aire traía aromas...
Nuestras almas se besaban...
Ella era tan buena como
una de esas madres santas!

El aire olía á claveles...
Nuestros ojos se besaban...
En el silencio encantado
nuestros labios suspiraban

Ay, aquel amor tan grande
y aquellas horas tan largas..
y aquella mujer tan dulce
y triste como una santa!

Ay, y pensar que la dicha
es tan pobre que se acaba!
Ay, el amor infinito
tiene siempre una nostalgia!

En el silencio encantado
se dormían nuestras almas...
Con un amor infinito
nuestros ojos se miraban...

La brisa pasaba suave:
la luz de la luna blanca
lo ponía todo blanco,
y se oía el agua; el agua...

III

Estábamos enfadados
y sin hablar. Yo leía...
Ella bordaba muy seria,
tan seria que daba risa.

Cuando inclinaba la frente
yo alzaba un poco la vista
del libro, para mirarla
seria, muy seria, muy digna!

Yo no pasaba las hojas
y no sé lo que leía:
sólo la palabra enfado
miraba en su cara escrita.

Me puse á leer de veras
y no sé lo que leía
y no la quise mirar
viendo que ella no cedía.

Más no pude contenerme
mucho tiempo: alcé la vista,
la vi seria, tiré el libro
y me acerquè. Ella había

levantado la cabeza,
y al ver que yo sonreía
—No, déjame, no te quiero...
dijo, y se marchó deprisa.

La pobre se fué llorando:

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Juventud. 14/6/1906.